


“Descifrando lo escrito: poder y discursos en la Península Ibérica (siglos V-XV)”. I Seminario de Doctorado en Estudios Interdisciplinarios en Medievalismo Hispánico (Universidad Autónoma de Madrid, 9 de abril y 22 de octubre de 2021).

 IGNACIO CABELLO LLANO
Universidad Autónoma de Madrid
ignacio.cabello@uam.es

La ciencia histórica cobró carta de naturaleza como tal [...] a partir de la toma de conciencia [...] de la realidad de dichas falsificaciones y de la necesidad de establecer un método fiable para depurar el material heurístico.¹

Con esta cita dio comienzo una de las ponencias del *I Seminario de Doctorado en Estudios Interdisciplinarios en Medievalismo Hispánico* organizado por los profesores Carlos de Ayala, Alicia Montero y David Nogales (Universidad Autónoma de Madrid), que se tituló: “Descifrando lo escrito: poder y discursos en la Península Ibérica (siglos v- xv)”.

La primera sesión, virtual, corrió a cargo de la profesora Maria João Branco (Universidade Nova de Lisboa), que impartió una conferencia sobre los «discursos *del* rey y discursos *sobre* el rey: el registro escrito y el poder del discurso retóricamente compuesto en la construcción de la imagen del rey». Partiendo del siempre iluminador magisterio de Isidoro de Sevilla († 636) acerca del valor y el poder de las palabras, de los *nomina* (que «nos permite[n] conocer las cosas, de modo que, si ignorásemos el nombre, el conocimiento de las cosas desaparecería») y de los *uerba* (así llamados «bien porque resuena[n] por reverberación del aire, o bien porque esta parte es la más frecuente en el discurso»)², la Dra. Branco explicó cómo la palabra dicha verbalmente fue en el Medievo mucho más importante que la palabra escrita. Desde las Humanidades se ha insistido continuamente en el valor de lo escrito por su transmisibilidad —un escrito puede circular sin necesidad de que su autor se desplace y alcanzar a lectores remotos— y, sobre todo,

¹Escalona, Julio, “Épica y falsificaciones documentales en la Castilla medieval”, *Antigüedad y cristianismo*, 29 (2012), p. 176.

²«Nomen dictum quasi notamen, quod nobis uocabulo suo res notas efficiat. Nisi enim nomen scieris, cognitio rerum perit» y «Verbum dictum eo, quod uerberato aere sonat, uel quod haec pars frequenter in oratione uersetur» (Isidorus Hispalensis, *Etymologiae*, I, 7,1 y 9,1). Traducción propia a partir de la edición de W. M. Lindsay, Oxford, Clarendon Press, 1911.

por su durabilidad —solo lo escrito permanece en el tiempo, o al menos así ha sido hasta la invención de la grabación sonora y visual—. *Scripta manent, uerba uolant*, reza el adagio, y, en efecto, ¿con qué trabajamos los historiadores sino con textos escritos? Sin embargo, esta reivindicación de lo escrito ha supuesto, en contrapartida, una infravaloración del discurso oral y de la palabra hablada. Tal y como explicó la profesora Branco, la fuerza persuasiva de un texto escrito y la probabilidad de que acabe siendo retenido en la memoria y el recuerdo humanos son infinitamente menores que las que tiene el discurso oral. *Scripta manent, uerba uolant*, sí, pero también es cierto que, si se me permite el neoadagio, los *uerba uolant usque ad cordem*: es sobre todo el discurso oral —los *uerba*, las *orationes*—, que reverbera en nuestros oídos, y no tanto el texto escrito, el que es capaz de llegar a lo más profundo del hombre, de tocar sus fibras íntimas, de conmoverlo y emocionarlo, y, por tanto, de persuadirlo y lograr hacerse un hueco en su memoria y su recuerdo. No en vano dice también Isidoro que «los *uerba* son signos de la mente [o del corazón] mediante los cuales los hombres, conversando, manifiestan sus pensamientos [o sentimientos profundos]»³. Por esta y otras razones, se prefería la comunicación oral o verbal a la escrita, siendo los textos escritos, la mayoría de las veces, un mero levantar acta de algo que había sido ya dicho —o que habría de ser dicho— de viva voz.

La segunda sesión, ya sí presencial, tuvo un enfoque eminentemente práctico y contó con la intervención de seis profesores y con la participación de un nutrido grupo de estudiantes. Abrió la mañana la profesora Ana Isabel Carrasco (UCM), que en insistió en la importancia que tiene, para la calidad del trabajo del historiador, el análisis preciso y riguroso de las propias palabras (¡recordemos a Isidoro!). Subrayó la necesidad de prestar atención a los fenómenos de evolución y de pluralidad en los contenidos semánticos, significados y referentes de las palabras, pues un mismo significante no tuvo el mismo significado ni referente en todo momento (p. ej., *servus*). Asimismo, recordó algunos de los problemas a la hora de tratar de dilucidar el significado y el contenido semántico de las palabras, como, por ejemplo, la dificultad para expresarse sobre sí mismos. Por último, nos mostró valiosísimas herramientas, corpus y recursos lexicográficos (CORDE, CODOLGA, Glossaria.eu, Hyperbase, IntraText Digital Library, etc.) que los medievalistas debemos utilizar si queremos *historiar* el pasado con rigor, pues ni siquiera el significado de las palabras más simples debe ser considerado evidente *a priori*.

Las tres ponencias que siguieron fueron análisis de caso de textos particulares en relación con toda esta problemática. La profesora María Jesús Fuente (UC3M) disertó acerca de la veracidad y fiabilidad de las fuentes escritas, cuestión de la que el historiador se debe siempre ocupar. La pregunta por la veracidad de lo escrito, apuntaba la profesora Fuente, puede plantarse desde dos puntos de vista: primero, acerca de la veracidad o fidelidad en el plano factual (¿reflejan los documentos hechos verazmente?); segundo, acerca de la fiabilidad o autenticidad en el plano discursivo (¿son los cronistas e historiadores siempre fiables?). Para ello, expuso dos casos: el

³ «Sunt autem uerba mentis signa, quibus homines cogitationes suas inuicem loquendo demonstrant» (Isidorus Hispalensis, *Etymologiae*, I, 9,2).

de Pelayo en la crónica altomedieval y el del Cid en las fuentes literarias plenomedievales (el de Juana de Arco, en las fuentes bajomedievales, se le quedó en el tintero por falta de tiempo). Tras analizar los textos, concluyó lo siguiente: sí son veraces en el plano discursivo, pues el autor es veraz, ya que dice *su* verdad; no son, sin embargo verosímiles en el plano factual, ni tampoco fiables para conocer la verdad de los hechos; sí son, en cambio, fiables para conocer la ideología del momento, pues hasta en los textos menos verosímiles desde el punto de vista de los hechos encontramos valiosa información para conocer la mentalidad, la cosmovisión y el *milieu* de ideas y creencias del autor y su época.

A continuación, les llegó el turno a los profesores Fermín Miranda y Santiago Palacios (UAM), en una sesión conjunta titulada: «Deconstruyendo lo escrito. Claves de las fuentes medievales». Tomando como ejemplo el texto conocido como *Initium regni pampilonensis*⁴, compuesto por los monjes de Albelda en el 976, el profesor Miranda señaló que a la hora de analizar una fuente nos hemos de preguntar no solo acerca del contexto en que se escribió y de las intenciones del autor que la compuso, sino también acerca del contexto en que se copió y de las intenciones de sus diferentes transmisores. ¿Por qué y para qué decidía un escriba copiar una crónica —o un fragmento de una crónica— en un código determinado, a menudo junto a otros materiales de diversa procedencia? ¿Cómo era copiado ese material crónico? ¿Qué variantes presentaba con respecto al texto original? ¿En qué lugar del código y con qué sentido era copiado? Estas cuestiones pertenecen a la *Rezeptionsgeschichte* del texto —es decir, a cómo este fue recibido e interpretado en diferentes momentos a lo largo de los siglos—, pero en la inmensa mayoría de los casos no tenemos acceso directo a la obra original —menos aún al manuscrito autógrafo—, sino tan solo a esas copias posteriores que muestran cómo la obra fue “recibida”, transmitida y reinterpretada. Entre el autor y obra originales y nosotros hay toda una cadena de transmisores y copias intermedias (nada nuevo, pues, lo del *blockchain*) que hemos de considerar como parte misma de la obra que estudiamos: la labor de los *scriptores*, copistas y amanuenses determina *cómo* leemos el texto. El texto que analizó fue copiado a finales del siglo XI en el *Código de Roda* con importantes modificaciones que denotan un cambio en el modelo ideológico: si en el 976 lo que interesaba subrayar era la continuidad de los reyes de Pamplona con el neogoticismo, un siglo después, en cambio, lo que el copista planteó es la legitimidad de Alfonso VI como rey de Pamplona. A continuación, el profesor Palacios habló sobre los *Libros de visita* de la Orden de Santiago, poniendo de manifiesto su gran valor para conocer el patrimonio material y arquitectónico de la Orden a finales de la Edad Media: en algunos casos, las descripciones de los visitantes han servido para conocer fortificaciones hoy derruidas o desaparecidas; en otros casos, como en el del Castillo de Oreja, sorprende la gran correspondencia entre la descripción del castillo hecha en 1478 y su estado actual: lo que el *visitador* de finales del medievo describió, puede verlo, casi en el mismo estado, el

⁴ Véase Fermín Miranda García, “El inicio del reino de Pamplona según la *Crónica Albeldense*”, *Fontes Medii Aevi*, 30/09/2021. «<https://fontesmediae.hypotheses.org/719>» [consultado el 4 de marzo de 2022].

visitante actual⁵. Los *Libros de visita* constituyen un magnífico ejemplo de cómo la información arqueológica —de campo— y la información documental —de archivo— se complementan.

La actividad final de la jornada consistió un taller práctico titulado: «De la retórica al texto: lectura y análisis de fuentes medievales», dirigido por David Nogales y Alicia Montero, almas del Seminario. El profesor Nogales hizo una magnífica introducción teórica a los análisis cuantitativos y cualitativos del texto (la lingüística del corpus y el análisis del discurso, respectivamente) y de los *Corpus-Assisted Discourse Studies*, que integran las dos perspectivas anteriores. Explicó cómo las corrientes posestructuralistas y posmodernas y, en particular, el giro lingüístico han influido en la Historia cambiando el modo de concebir y entender su objeto de estudio: si la realidad no es algo ajeno e independiente al hombre, sino una imagen construida por el ser humano a través de lo simbólico y del lenguaje, lo que estudia el historiador —afirmaba el profesor— no es la realidad pasada propiamente dicha, sino las percepciones individuales o grupales de dicha realidad contenidas en las fuentes, es decir, las representaciones. Tal y como escribió Jacques Le Goff, «pensar que la historia “cae por su propio peso”, que sale ya hecha de los documentos» y que brota de la fuente como si de agua se tratara, es un grave error, pues «es el historiador quien crea el documento y otorga a los indicios, a los vestigios, el estatus de fuente»⁶. Las “fuentes” no nos presentan la realidad histórica como tal, sino que esta aparece en ellas codificada, y, como explicaba el profesor Nogales, el historiador ha de saber decodificarla para, así, poder interpretar adecuadamente las fuentes. Uno de los códigos que el historiador debe conocer para decodificar las fuentes y extraer la información histórica es, precisamente, el de la retórica clásica: ese conjunto de herramientas (fórmulas afectivas, *topoi*, figuras retóricas, diálogos ficticios, moldeamiento literario de personajes, etc.) que buscan embellecer el texto —*afermosar la razón*— a fin de lograr una mayor persuasión —*en tal manera que la faga tener por verdadera*—⁷. A continuación, la profesora Montero explicó los cuatro mecanismos retóricos más frecuentes en los textos medievales: el embellecimiento y ornato del texto, produciendo textos expresivos, estéticos y elegantes; el recurso a digresiones descriptivas, a un lenguaje emocional y a informaciones que, siendo anecdóticas, producen impacto en el lector; la construcción de un relato verosímil, objetivo y sincero; o, por último, la *captatio benevolentiae* mediante la humildad o la lástima. Finalmente, tras una introducción a la vida y obra del humanista y cronista Alonso de Palencia (1423-1492), tuvo lugar el comentario conjunto de una selección de textos de su obra, tratando de decodificar el discurso mediante la identificación los recursos retóricos empleados.

⁵ Véase Eduardo Jiménez Rayado, “Descripción de la fortaleza de Oreja en el *Libro de Visita* de la Orden de Santiago”, *Fontes Medii Aevi*, 28/02/2022. «<https://fontesmediae.hypotheses.org/3401>» [consultado el 4 de marzo de 2022].

⁶ Le Goff, Jacques, *En busca de la Edad Media*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2003, pp. 31-32.

⁷ “La rectórica otrossi es art pora afermosar la razón e mostrarla en tal manera que la faga tener por verdadera e por cierta a los que la oyeren de guisa que sea creída; e por ende ovo nombre rectórica, que quiere mostrar tanto como razonamiento fecho por palabras apuestas e fermosas e bien ordenadas” (Alfonso X, *General estoria*, Primera parte, VII, 35, fol. 87v, ed. Pedro Sánchez-Prieto Borja *et al.*, Madrid, Corpus diacrónico del español, 2006. «<https://ebuah.uah.es/dspace/handle/10017/7286>» [consultado el 5 de mayo de 2021]).

A lo largo de las dos sesiones del Seminario los estudiantes pudieron comprobar la importancia del análisis riguroso del lenguaje y del discurso a la hora de abordar los textos y fuentes medievales: solo mediante una precisa intelección del significado de las palabras y solo entendiendo *cómo* era compuesto un texto —además de *quién* lo hacía, *para qué* fines o con qué intenciones y *a quién* se dirigía— podrá el historiador alcanzar una comprensión adecuada de esas huellas escritas del pasado que constituyen el suelo, el techo y la materia de su quehacer, y solo entonces podrá ofrecer una interpretación fundada y razonada del pasado.

In principio erat uerbum y, al fin y al cabo, para nosotros, que trabajamos primariamente con textos, todo consiste en entender correctamente esos tejidos de *uerba* que han sobrevivido al paso del tiempo. Como bien señaló Fustel de Coulanges en 1864, la lengua expresa, aun de forma inconsciente, los pensamientos de los tiempos remotos, pues «se ha modelado en ellos y ha conservado el sello que, a su vez, ha transmitido de siglo en siglo. [...] Las ideas se han transformado y los recuerdos se han desvanecido; pero las palabras subsisten como testigos inmutables de creencias desaparecidas»⁸. Por ello, el historiador ha de comenzar siempre por las palabras. Al igual que Isidoro de Sevilla levantó toda una catedral del saber y la cultura sobre el cimiento sólido de un adecuado conocimiento de las palabras, salvando del olvido el gran legado de la Antigüedad clásica, hoy —cuando, vista la deriva cultural del mundo occidental, se torna más necesario que nunca recuperar el significado de las palabras y de las cosas—, el historiador que quiera construir historia deberá empezar por esclarecer el auténtico significado de las palabras, pues, como dejó escrito el Hispalense, *nisi enim nomen scieris, cognitio rerum perit*. Solo de esta forma podrá el historiador hacer historia y, de paso, ser él también —como bellamente dijo Braulio de Zaragoza de Isidoro de Sevilla— una especie de puntal *ad restauranda antiquorum monumenta*, a fin de que nuestra civilización no muera de ignorancia (*ne usquequaque rusticitate ueteresceremus*)⁹.

In principio erat uerbum, y también *in fine erit uerbum*.

⁸ Fustel de Coulanges, Numa Denis, *La ciudad antigua: estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*, México, D. F., Porrúa, 2003 [1864], p. 6.

⁹ Braulio Caesaraugustanus, *Renotatio librorum domini Isidori*, ed. José Carlos Martín Iglesias, 2005 (CCSL 113B)